

A esta contienda se siguieron otras varias. Una de ellas fué la de la provincia de Centzontepéc, que invadieron los mejicanos, asolándola, y trayendo á la capital un gran número de prisioneros. Mientras esto se verificaba, los huexutzincas y tlaxcaltecas continuaban hostilizándose con encarnizamiento, quedando las mas veces la ventaja por parte de los segundos, á cuyo frente se hallaba un general tan experto como valiente, que llegó á ser el terror de sus enemigos, aunque no dicen su nombre los historiadores: pero sí nos han conservado el del gefe huexutzinca que tuvo la gloria de hacerlo prisionero, que fué Tlachpanquizqui. Por este servicio mereció extraordinarias recompensas, siendo una de ellas la de que se le perdonara el crimen de adulterio que habia cometido con dos mugeres de unos nobles huexutzincas, con grande escándalo de la república, por la calidad de las personas ofendidas.

En el año siguiente, que era el décimo séptimo del reinado de Moteuhzuma, se emprendió de nuevo la guerra entre mejicanos y tlaxcaltecas, en la cual, dice Torquemada, que se armó contra la república casi todo el poder de la triple alianza. Sin embargo, los tlaxcaltecas quedaron victoriosos, habiendo perdido sus enemigos tres mil y doscientos hombres y varios gefes, cuyos nombres se pueden ver en dicho historiador.

Después de esta campaña se dirigió la triple alianza contra la provincia de Mazatzintla, que se habia declarado á favor de Ixtlilxochitl, y después de un reñido encuentro fué sometida á los mejicanos, habiendo corrido la misma suerte la de Zacatepec. Los prisioneros hechos en estas guerras, que eran muchísimos, fueron después sacrificados en la dedicacion del templo lla-

mado Cohuatlan, que fué la última fiesta de esta clase que celebró Moteuhzuma, pues de allí á poco tiempo aportaron los españoles, y se cambió la escena con un nuevo género de tragedias.

CAPITULO XV.

Recibe Moteuhzuma noticias de la llegada de los españoles. Sobresalto que este suceso le causa. Recibe á Cortes en Méjico, despues de haber hecho varias tentativas inútiles para alejarlo.

Observa Clavigero, y con razon, que la felicidad de un reino no consiste en la extension de sus dominios, y que los rápidos triunfos de los mejicanos fueron en gran parte la causa de su ruina; pues cada provincia, cada pueblo conquistado era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo que se le imponia, é irritado contra la violencia de sus opresores, sólo esperaba una ocasion oportuna para vengarse y recobrar la libertad perdida. Esta ocasion se presentó á los pueblos de Anáhuac, cuando la pequeña escuadrilla de Cortes fondeó en Ulúa, el jueves santo, 21 de abril del año de 1519, décimo octavo del reinado de Moteuhzuma.

Este monarca supo la primera llegada de los españoles cuando vinieron con Grijalva el año anterior, por unos comerciantes que habian ido á las ferias de la costa, segun Alba Ixtlilxochitl. Los gobernadores de la misma costa hicieron representar por medio de pinturas los buques, la artillería, las armas, la ropa y el aspecto de aquella nueva gente, remitiéndoselas con

unas cuentas de vidrio y otras bujerias que los españoles les habian dado; y Moteuhzuma lleno de turbacion con estas nuevas, consultó lo que debería hacer con su sobrino Cacamatzin, su hermano Cuitlahuatzin, y doce consejeros suyos. Todos fueron de opinion que el que se habia presentado en Ulúa con tanto aparato debia ser el dios Quetzalcohuatl, á quien hacia muchos años que aguardaban, y de quien los reyes se creian lugartenientes y depositarios de su corona, que deberían volverle cuando se presentase.

A pesar de esta creencia, cuando por segunda vez vinieron al mando de Cortes, y supo Moteuhzuma el empeño que este caudillo tenia en pasar á Méjico, hizo cuanto pudo por estorvarlo, si bien le mandó magníficos regalos, entre ellos una cantidad considerable de oro, con lo cual, léjos de impedir la importuna visita de los españoles, estimulaba mas los deseos que tenian de apoderarse de un pais tan rico y extenso.

Mientras los embajadores de Moteuhzuma iban y venian á la costa de Chalchiucuecan, en que despues se fundó Veracruz, y donde habian tomado tierra los españoles, trayéndoles magníficos presentes, acompañados siempre de negativas sobre los deseos que manifestaban de internarse en el pais, el afortunado y astuto Cortes supo por el señor de Cempoalan, que muchos pueblos llevaban con impaciencia el yugo del emperador; y esto fué bastante para que formase el proyecto de destronarlo, atrayendo á su partido á los descontentos, y engrosando con ellos su pequeño ejército, si podía darse este nombre á una fuerza que apenas se componia de quinientos ocho soldados de infanteria, diez y seis de caballeria, y ciento nueve marineros, con diez

cañones y cuatro culebrinas, que era toda su artilleria. El proyecto no era fantástico, pero su ejecucion demandaba tantas combinaciones de política, valor, constancia y actividad, principalmente entrando en él como base principal la de destruir el culto religioso de los mejicanos, empresa á que no se atrevieron ni los mismos emperadores de Tezcoco, que para llevarlo al cabo se necesitaba nada ménos que de un héroe, y es necesario convenir en que este héroe era Cortes. Así es que apenas llevaba este aventurero dos meses de haber desembarcado, cuando ya habia destruido los ídolos en Cempoala, confederándose con el señor de esta provincia y la de Quiahuiztla, pertenecientes á la nacion totonaca tributaria de Méjico, é inducido á sus gefes á que presatasen obediencia al rey de España.

Moteuhzuma, que mirando la obstinacion de los españoles de querer venir á su corte, estaba ya decidido á enviar un ejército para castigar su insolencia, supo que Cortes habia puesto en libertad á unos recaudadores de tributos que habia mandado á las provincias totonacas, los que habian sido presos por los gobernadores á sugestiones del mismo Cortes, y que habrian sido sacrificados si este general no lo hubiera impedido, conciliándose de esta manera artificiosa el amor y respeto de unos y otros. Esta noticia cambió las disposiciones del monarca, y en vez del ejército le envió á dos de sus sobrinos, acompañados de muchos nobles, quienes le presentaron un regalo de alhajas de oro bastante valiosas, dándole las gracias á nombre de aquel, aunque echándole en cara que hubiese hecho amistad con los rebeldes totonacas, lo cual los habia insolentado para negar el tributo que debian á su soberano. Cor-

tes se excusó como mejor pudo, y los embajadores se retiraron muy satisfechos por el buen trato que de él habian recibido.

A poco tiempo se supo en Méjico que los españoles habian avanzado hasta Tlaxcala, y que habian salido victoriosos en varios encuentros que habian tenido con las tropas de la república, por cuyo motivo se ventilaban en el senado las proposiciones de paz que habia hecho el general español; y temiendo Moteuhzuma que los tlaxcaltecas llegasen á confederarse, como sucedió despues, con aquellos extrangeros, reunió el consejo, al cual asistieron su sobrino el rey de Tezcoco y su hermano Cuitlahuatzin, expuso el estado de las cosas, les descubrió sus temores, y les pidió su parecer sobre el partido que deberia tomarse en aquellas circunstancias. Cacamatzin se mantuvo en su primera opinion, esto es, de que los extrangeros fuesen magníficamente tratados por donde transitasen, y benignamente admitidos en la capital; que se oyesen sus proposiciones, y que si llegaban á maquinarse contra el rey, se emplease con ellos la fuerza. Cuitlahuatzin dijo que no era conveniente admitirlos en la capital; que se enviase á su gefe un buen regalo, y se le preguntase qué era lo que deseaba el gran señor en cuyo nombre venia, ofreciéndosele la amistad y buena correspondencia de los mejicanos; pero que al mismo tiempo se le hiciesen nuevas instancias para que regresase á su patria. Prevalció este dictamen en el consejo y en el ánimo de Moteuhzuma, y en consecuencia despachó á Cortes sus embajadores con un magnífico presente, encargándoles le diesen la enhorabuena por sus victorias, y le ofreciesen mayores regalos si desistia de su viage á la capital, representán-

dole las dificultades del camino, y otros obstáculos que no era fácil superar. Cortes los recibió con los honores correspondientes á su dignidad, y los entretuvo para que, si se empeñaba algun nuevo encuentro con los tlaxcaltecas, fuesen testigos del valor de sus tropas, lo que consiguió sin tardanza, pues habiéndolo atacado tres batallones de la república, los derrotó sin mucho esfuerzo á presencia de los embajadores.

Estos no solo fueron testigos de la victoria de los españoles, sino de la alianza que á consecuencia de ella celebraron con los tlaxcaltecas, quienes desde aquella ocasion fueron su mas firme apoyo y los que principalmente contribuyeron á la ruina de los mejicanos; y asimismo de la embajada que recibió Cortes del príncipe Ixtlilxochil, felicitándolo por sus victorias, y convidándolo á seguir su viage por Teotlalpan, donde quería unir sus fuerzas con las de los españoles para hacer la guerra al rey de Méjico.

Estos acontecimientos fueron seguidos por la catástrofe de Cholula. Los embajadores mejicanos mirando que no era ya tiempo de hacer desistir á Cortes de su viage á Méjico, le instaron á que lo emprendiese por Cholula; y aunque esta proposicion le causó alguna desconfianza, porque los cholultecas se habian manejado con frialdad despues de su entrada á Tlaxcala, en donde recibió felicitaciones de otros pueblos inmediatos, ménos de Cholula, convino en ello, y apenas habia entrado en la ciudad cuando tuvo varios indicios de que se tramaba contra él alguna conjuracion. Los informes que despues recibió lo confirmaron en ello, particularmente los que le dió Doña Marina, india noble y muy avisada que le servia de intérprete,

de confidente y de dama, la cual supo toda la trama por otra muger noble de Chollolan; y habiendo tomado cuantas disposiciones exigia su situacion, y resuelto á escarmentar á los chololtecas por su perfidia, dió la señal del ataque, y los españoles partieron furiosamente contra los miserables habitantes, siendo las primeras víctimas los nobles que se hallaban en el patio del alojamiento de Cortes, y muchos hombres de carga, que debian conducir los equipages del ejército en su marcha para Méjico, que se habia señalado para aquel dia. No habiendo dejado allí ni uno vivo, se derramaron despues los españoles por toda la ciudad, y las tropas auxiliares de Tlaxcala hicieron lo mismo, pues aunque se habian acampado fuera de ella, estaban avisados para acudir á la primera señal, lo que ejecutaron como leones rabiosos, estimulados por el ódio que tenian á los de Chollolan, y el deseo de complacer á sus nuevos aliados. Mas de seis mil perecieron en este horrible estrago, y satisfecha la venganza de Cortes recibió el juramento de fidelidad que prestaron los chololtecas á la corona de España, y continuó su viaje á Méjico en compañía de los tlaxcaltecas, y de algunos chololtecas y huexutzincas.

Mientras esto sucedia en Chollolan, Quauhpopocan, señor de Nautlan, que tenia orden de Moteuhzuma para reducir á los totonacas á la debida obediencia, luego que Cortes se retirase de la costa, despues de haber hecho varias correrías en las poblaciones rebeldes, mirando que los españoles los protegian los provocó á la guerra; y aunque sus tropas fueron derrotadas, murió á pocos dias del combate el gobernador de Veracruz Juan de Escalante, que habia salido he-

rido, juntamente con seis ó siete soldados españoles. Uno de estos fué hecho prisionero y enviado á Moteuhzuma, pero murió en el camino de resultas de sus heridas, y solo le llevaron la cabeza, cuya vista le horrorizó en términos que no permitió que se ofreciese á sus dioses. Cortes, aunque tuvo noticia del suceso, lo reservó para no desanimar á sus soldados.

Al pasar los españoles por la falda del Popocatepetl, el capitan Diego de Ordaz, para dar á conocer á los aliados el valor de su nacion, subió con otros nueve soldados á la cumbre, aunque no pudo observar el cráter del volcan, por la mucha nieve que habia, y la gran cantidad de humo y cenizas que arrojaba. En Itualco recibió Cortes nueva embajada y nuevos regalos del rey de Méjico, quien se ofrecia á pagar anualmente un tributo al rey de España, y á dar al general cuatro cargas de oro y una á cada uno de sus soldados, si retrocedian desde aquel punto; pero Cortes contestó que no podia volver atras sin desobedecer á su soberano, y que si despues de haber manifestado la embajada que traia juzgaba el emperador que no convenia al bien del estado la permanencia de los españoles en la capital, se restituiria sin tardanza á su patria. Protexas fingidas, pues desde que desembarcó se propuso la ruina del imperio.

Moteuhzuma entretanto, consternado por la catástrofe de Chollolan, y por los funestos anuncios de los sacerdotes, reunió de nuevo al consejo, y oyó de Cacamatzin y de su hermano Cuitlahuatzin las mismas opiniones que habian manifestado anteriormente, y conformándose con la del primero le encargó que fuese al encuentro de los extrangeros, y procurase disuadirlos

del viage. Entonces Cuitlahuatzin le dijo: „Quieran los dioses, hermano mio, que no admitas en tu casa al que despues te arroje de ella.” Moteuhzuma le contestó: „¿Qué hemos de hacer? Nuestros amigos, y lo que es mas, nuestros mismos dioses, en vez de favorecernos, amparan á nuestros contrarios.”

Cortes, luego que despidió á los emba adores, siguió su camino por Amaquemecan y Tlalmanalcó, en cuyas poblaciones no solo fué muy bien recibido, sino que sus habitantes, por sugestion de los cempoaltecas y tlaxcaltecas, se confederaron con él; y de esta manera, dice Clavigero, los españoles mientras mas se internaban mas se aumentaban sus fuerzas, como un arroyo que con las aguas que recibe en su curso crece hasta llegar á ser un gran rio.

De Tlalmanalcó se dirigieron á Ayotzinco, donde durmieron aquella noche, y al dia siguiente al emprender la marcha tuvo aviso Cortes de que Cacamatzin, rey de Tezcoco, venia á visitarlo á nombre del rey de Méjico. A poco tiempo se presentó este príncipe, en una litera adornada con hermosas plumas, llevada por cuatro hombres, y seguida de una brillante y numerosa comitiva. Cuando empezó á andar, los que lo servian quitaban del camino todo cuanto podia ofender sus pies ó su vista, y los españoles, que se admiraron de tanta grandeza, infirieron por ella cuanta seria la del rey de Méjico. Cortes lo salió á recibir á la puerta de su alojamiento, haciéndole una profunda reverencia, á la que correspondió Cacamatzin tocando la tierra con la mano derecha, y llevándola á la boca. Entró luego á una de las piezas del alojamiento, y dió á Cortes el mensaje que traia de Moteuhzuma su tio, asegurando que

este tenia grandes deseos de estrechar su amistad con el gran monarca del Oriente que lo enviaba; pero al mismo tiempo ponderó las dificultades que era preciso vencer para llegar á la capital, rogándole que mudase de propósito, si queria complacer al rey. Cortes contestó en los términos que lo habia hecho á los otros embajadores, y manifestó que hallándose en gran parte vencidas las dificultades del viage, seria mas digno de reprension por parte de su soberano si retrocediese, estando ya tan cerca de la capital. „Siendo así, dijo Cacamatzin, en la corte nos veremos” y despidiéndose de Cortes, de quien recibió algunas frioleras de Europa, dejó allí parte de su comitiva para que lo acompañase en el resto del viage.

En Cuitlahuac fueron los españoles muy bien recibidos, y el señor de la ciudad se quejó secretamente con Cortes de la tiranía de Moteuhzuma, se confederó con él, y le hizo saber que era muy cómodo el camino de la capital, y que Moteuhzuma estaba muy consternado por los oráculos de sus dioses y las ventajas obtenidas por las armas españolas.

De Cuitlahuac marchaban á Iztapalapan, y en el camino se les presentó el príncipe Ixtlilxochitl, en compañía de su hermano Coanacotzin, que ya se habia reconciliado con él y puéstose de acuerdo en unirse con Cortes. Ambos le rogaron que pasase á Tezcoco, y él convino en ello, considerando la utilidad que podia sacar de la alianza con estos príncipes, principalmente de Ixtlilxochitl, cuyo afecto á los españoles y odio á Moteuhzuma era ya bien conocido. El recibimiento que se le hizo en Tezcoco fué magnifico, y allí le expuso largamente Ixtlilxochitl sus pretendidos derechos al

reino de Aculhuacan, y sus quejas contra su hermano Cacamatzin y su tío Moteuhzuma. Cortes le ofreció ponerlo en posesion del trono, y sin detenerse volvió á tomar el camino de Iztapalapan. Cuitlahuatzin, señor de esta ciudad, y Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan, recibieron á Cortes con las mismas demostraciones que habian hecho los gobernadores de las demas poblaciones por donde habian transitado; el primero le dirigió una elocuente arenga, y fueron alojados sus soldados en su mismo palacio. Despues de haber sido allí muy obsequiados y regalados, marcharon los españoles al siguiente dia á la capital. Pasaron por las ciudades de Mejcaltzinco, Culhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan y Mixcoac, fundadas en la orilla de la laguna, y llegaron en medio de un innumerable gentío á un sitio llamado Joloc, en que se unian los caminos de Iztapalapan y Coyohuacan, á distancia de media legua de la capital. Allí hizo alto el ejército, y Cortes recibió el parabien de mas de mil nobles mejicanos que venian á recibirlo de orden de Moteuhzuma, y que al llegar á su presencia hicieron la ceremonia de tocar la tierra y besarse la mano.

Concluida esta larga etiqueta, se continuó el viaje, y poco antes de llegar á la ciudad, se dejó ver Moteuhzuma con un numeroso y lucido acompañamiento. Iban delante de él tres nobles, alzando las manos, en las cuales llevaban unas varas de oro, con que anunciaban al pueblo la presencia del soberano. Moteuhzuma estaba ricamente vestido, llevando un manto adornado con riquísimas joyas, en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas sandalias de lo mismo, atadas con cordones de cuero, y cubiertas con

piedras preciosas. Lo llevaban cuatro nobles en una litera, cubierta tambien de planchas de oro, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas del mismo metal, y lo acompañaban doscientos nobles, mejor vestidos que los otros, pero todos descalzos. Cuando se acercaron el rey de Méjico y el general español, se apearon, aquel de la litera, y este de su caballo, y empezó á andar el primero apoyado en los brazos del rey de Tezcoco y del señor de Iztapalapan. Cortes le hizo una profunda reverencia, y se le acercó para ponerle al cuello un cordon con cuentas de vidrio: Moteuhzuma inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortes abrazarlo, no se lo permitieron los príncipes en quienes iba apoyado. Despues le manifestó en una corta arenga su afecto, su veneracion, y el placer que experimentaba al conocer á un rey tan grande y poderoso. Moteuhzuma contestó brevemente, le recompensó el don de las cuentas de vidrio con dos collares de hermoso nacar, de que pendian algunos cangrejos de oro hechos al natural, y encargando al príncipe Cuitlahuatzin que lo condujese á su alojamiento, se volvió á su palacio con el rey de Tezcoco. Los mejicanos estaban aturridos por la inaudita dignacion de su rey en salir á recibir á los españoles, lo que contribuyó mucho á que los mirasen con gran respeto, y estos por su parte estaban tambien llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios y el número de sus habitantes.

Llegaron á su alojamiento, que era el palacio del rey Axayacatl, padre de Moteuhzuma, en donde este los estaba esperando. Tomó á Cortes por la mano, lo introdujo á una gran sala, lo hizo sentar, y despi-

diéndose de él le dijo: „Vos y vuestros compañeros están en vuestra propia casa: comed y descansad, que yo volveré pronto.” Ido el monarca, mandó Cortes hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito á los mejicanos. Despues pasó á examinar las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa; y halló que era tan grande, que cabian en él cómodamente todos los españoles, con sus aliados y las mugeres y servidumbre que los acompañaba, y que componian una reunion de mas de siete mil personas. Por todas partes reinaba el mayor aseo y comodidad: casi todas las piezas tenian camas hechas con petates finos de palma y de tule, y rollos de lo mismo para servir de almohadas, abrigadas con cortinas de algodón, y puestas en bancos de madera. El piso de algunas estaba cubierto tambien de petates, y las paredes con lienzos de algodón de varios colores. En la parte superior del edificio habia á cortas distancias unas torres ó baluartes, y así es que los españoles hallaron allí cuanto podian apetecer para su comodidad y defensa. Dentro de un breve rato se presentó á Cortes y á sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, y al resto de su tropa se dió de comer tambien con abundancia, aunque la comida era de inferior calidad. Este memorable dia fué el 8 de noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de los españoles.

CAPITULO XVI.

Conferencias de Moteuhzuma y Cortes. Pretextos de que este se vale para prenderlo. Su muerte y la de su hermano y sucesor Cuillahuatzin.

Despues de haber comido los españoles, volvió Moteuhzuma á visitarlos. Hizo á Cortes nuevos regalos, y tomando asiento le dirigió el discurso siguiente: „Valiente general, y vosotros sus compañeros: todos mis cortesanos, y domésticos son testigos de la satisfacción que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos. Vuestra fama ha engrandecido los objetos, y turbado los ánimos. Decian que erais dioses inmortales, que veniais montados sobre fieras de portentosa grandeza, y ferocidad, y que lanzabais rayos, con los cuales haciais estremecer la tierra. Otros creian que erais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado á dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comia tanto como diez de mis súbditos. Pero todos estos errores se han disipado con el trato, que ellos mismos han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demas en el color, y en la barba. Hemos visto por nosotros mismos que esas fieras tan famosas no son mas que ciervos mas corpulentos que los nuestros,